

JOSÉ DONOSO:  
ENTRE *EL RETORNO DEL NATIVO* Y  
*VIDAS PARALELAS*

*Carlos Alberto Trujillo*  
Villanova University

La noche del sábado siete de diciembre ya invitaba al descanso, cuando sonó el teléfono. Desde el otro lado del mundo llegó nítida la voz de Sergio Mansilla como si hubiera estado llamándome desde la esquina: “¡Esta mañana falleció Donoso!”. Segundos de mudez. ¿Qué decir? ¿Qué preguntar? ¿Repetir las añejas fórmulas al uso en estas ocasiones? ¡Nada de eso! Tras el breve silencio que siguió a la escueta información, cambiamos de tema. La muerte no es un asunto agradable. Mucho menos la muerte de un amigo con quien se ha compartido momentos inolvidables; de alguien con quien seguiremos compartiendo por el resto de la vida a través de sus personajes y de sus libros. Al día siguiente el *New York Times* le dedicó un largo artículo, como ocurrió en diversos puntos del orbe.

El lunes por la mañana llegué a mi oficina, encendí la computadora y leí mi correo electrónico. También allí estaba la noticia. Páginas y páginas comentando su obra, sus premios, sus obsesiones, su bibliografía personal, sus últimos días. Carlos Cerda comentaba: “Lo vi en la Feria del Libro, el domingo pasado, en su última aparición pública. Se dedicó a firmar libros. Estaba muy pálido, cansado, pero firmando libros, conversando con la gente y dando la mano”.

RESPIRANDO EL INVIERNO DEL NORTE.

*Villanova. Drexel Hill, Filadelfia, 1993*

La descripción de Cerda me trajo el recuerdo de la última vez que lo vi: Pensilvania, marzo de 1993. Donoso estaba en Washington D.C. gracias a una beca de la Fundación Woodrow Wilson para escribir una novela. Como era su costumbre, escribía diariamente, sometido a un autoimpuesto horario de oficinista, y casi todas las semanas daba charlas en universidades del este norteamericano. Dada la cercanía del escritor y la amistad que me unía a él, le invité a la Universidad de Villanova, en los suburbios de Filadelfia. Aceptó encantado, siempre que fuera un viernes, así tomaría el tren en Washington, al mediodía, y podría volverse la mañana siguiente. Me dijo por teléfono: “No quiero quedarme en un hotel sino en tu casa”, de modo que quedamos en eso.

Ese 11 de marzo, a las dos de la tarde, estuve puntual en la estación de la calle 30, ansioso por verlo aparecer entre la multitud que sale a esa hora de las escaleras mecánicas. Hacía ocho años que no lo veía y ustedes saben que el tiempo perdona a los personajes literarios, pero no a los humanos por muy escritores que sean. El tiempo y la enfermedad no habían perdonado a Pepe. Se le veía avejentado, un abuelito aplastado por un gran peso en la espalda. Me costó mantener la sonrisa. Una leve pincelada de tristeza tiñó la alegría del reencuentro. “Tras ocho años, él también debe

estar viéndome viejo”. Yo tenía 42 años, pero no se puede negar que a toda edad el tiempo le va poniendo su marca. A él, el frío de ese marzo invernal le acentuaba enormemente los signos de la edad.

Luego de una breve siesta, que necesitaba tras el viaje, partimos a Villanova. Allí tendría dos presentaciones, una para estudiantes de post-grado y otra para todo público. Allí vimos a otro Donoso. El novelista, como por arte de magia, pareció rejuvenecer frente a sus lectores. Atento a las preguntas sobre su propia obra, tanto como sobre novelistas chilenos, hispanoamericanos e ingleses. Su profundo conocimiento de esos temas impresionó hondamente a ese público que llegó de Pensilvania, Nueva Jersey, Delaware, y hasta de Nueva York.

Después siguió la fiesta en Drexel Hill. Llegó hasta allá un grupo grandote formado principalmente por chilenos e hispanoamericanos. La reunión duró hasta las 3:00 de la mañana. No seguimos más tarde porque se había anunciado una nevazón. Y así fue. Pareció cosa de magia, comenzó la nevazón con la salida del último fiestero.

A la amanecida había más de un metro de nieve y la nevazón no parecía parar. Pepe debió postponer su regreso a Washington, pero lo que no tuvo postergación fue su nerviosismo que se fue haciendo más y más intenso. No paraba de llamar a María Pilar, su esposa, que estaba en Washington. Le explicaba en detalle las razones de su retraso, aunque ella, a sólo dos horas de aquí, no necesitaba ninguna explicación puesto que allá estaba ocurriendo algo parecido. Llamaba y llamaba a la estación de trenes, preguntando por la próxima salida a Nueva York, a pesar de que la televisión informaba que no habría servicio de trenes por unos cuantos días. Durante ese primer día no pudimos abrir la puerta que da a la calle. En ese encierro, luchando contra la claustrofobia del maestro, pasamos dos días, entre llamados telefónicos, explicaciones innecesarias, sopas calientes, conversaciones sobre literatura actual, sobre su propia obra. Una conversación que sólo era interrumpida por el nerviosismo, los llamados telefónicos y las sopas. Todo eso quedó en audio cassettes y un poco en video.

Recientemente había publicado *Taratuta y Naturaleza muerta con cachimba* y ya estaba escribiendo dos nuevas novelas, una enfocada en la figura del explorador Sir Richard Burton, uno de los personajes más pintorescos y más fuertes del siglo pasado inglés, según Donoso. Había investigado su vida y sus andanzas hasta los últimos detalles y le intrigaba que este explorador que recorrió casi todo el mundo, en sus escritos sólo mencionaba a Chile dos veces. En una describía a Chile como un hoyo negro, y en otra que decía que los camareros chilenos eran mejores que los argentinos. No había más menciones y eso lo tenía completamente intrigado. “¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué le pasó en Chile?”.

Ese era el proyecto que le llenaba la cabeza, el que le tenía verdaderamente entusiasmado, el que —según él— iba para gran novela. A la otra, muerto de la risa, la llamaba “la novela de la gorda”. Se reía contando la historia. La veía como un proyecto simpático, un jugueteo de menor calibre<sup>1</sup>. Sin embargo, nunca llegué a saber qué pasó con el proyecto de Sir Richard Burton, pero la novela de la gorda, muy oronda, vio la luz en 1995 con el título de *Donde van a morir los elefantes*<sup>2</sup>.

Fueron días muy conversados, historias y más historias, matizadas por la frustración que le causaban la falta de locomoción, las calles intransitables, mi auto perdido bajo

<sup>1</sup>Carlos Trujillo, 43-50.

<sup>2</sup>En marzo de 1993 la llamaba *Vidas paralelas*.



una gruesa manta de nieve. Y él quería darse una vuelta por Filadelfia, para recordarla y compararla con la ciudad que era en sus tiempos de estudiante en Princeton, cuando, en los fines de semana, se arrancaba con sus amigos a bailar al Bellevue. No nos fue posible caminar por esas calles. Sólo la vio de pasada cuando lo llevé al tren. Sus calles cubiertas de una nieve ya ensuciada por el tráfico y la basura acumulada en esos días. “Ésta no es la Filadelfia que yo conocí. Ya no es la ciudad señorial de esos años”. Esa sería su última visita a Filadelfia y la última vez que lo vi.

#### TRAS LOS AIRES DEL SUR. Chiloé 1984

Ocho años antes Pepe había estado por unos días en Chiloé. La idea de un personaje chilote para su próxima novela le daba vueltas y vueltas en la cabeza desde hacía un buen tiempo. En el otoño de 1984 se había dado una vuelta por la isla, ocasión que aprovechó para recorrer esos parajes, observar ese mundo, tomar notas y hacerse de algunos amigos. Estuvo parando<sup>3</sup> donde Edward Rojas. De su viaje con Mauricio Álvarez a Cucao volvió pasado de agua, y con muchas historias para contar. Tenía tanto interés en meterse en ese mundo y compartir con la gente de Chiloé que participó junto a Sergio Mansilla y al autor de este artículo en un recital de poesía en la Escuela de Queilén. Uno de esos días me pidió que lo llevara a ver a una machi. Quería saber más de la vida chilota, llegar a la gente de la isla, conocer sus costumbres, oírles hablar de sus supersticiones, sentir la música de sus palabras. Tal vez en esa visita hasta podría encontrarse con algún personaje para su libro.

Visitamos a una machi que vivía en Pid-Pid, nos sentamos con ella junto al fogón; Pepe le convidó unos cigarrillos para romper un poco el hielo de esa visita inesperada y, además, de un desconocido y, para peor, foráneo. Pero no salió mucho en limpio de esa visita. La anciana habló poco. Se limitó a responder con monosílabos, por desconfianza a ese caballero afuerino, tan elegante y tan blanco que llegaba a meterse en su mundo y a preguntarle cosas que ella no tenía ninguna intención de responder a un desconocido. Ese viaje a Chiloé lo entusiasmó todavía más con el personaje que le andaba rondando por meses. Pero todavía no le llegaba su turno a la novela.

En enero de 1985 regresó a Chiloé con camas y petacas. Arrendó una casa en la que se quedaría con Pilar y Pilarcita por todo el verano. Ya tenía más o menos armada la trama de la novela, por lo que sus planes eran avanzar lo mas posible en esos meses en Castro. La presencia de José Donoso fue un remezón que llegó a estimular el ambiente cultural del verano castreño. Entre diciembre y febrero llegaban muchos escritores, pintores, músicos y artistas, en general, que animaban el verano local que no perdía su ritmo a pesar del estado de sitio.

Lo que Donoso ni siquiera podía sospechar era que en ese ambiente tranquilo y estimulante le esperaba una tremenda sorpresa que le resultaría muy significativa para conocer por dentro el ambiente que iba a retratar en la parte final de su novela en proceso, que hasta entonces nombraba como *El retorno del nativo*.

Por esos días el novelista participaba en todas las actividades que organizaba el Taller Literario *Aumen*, que yo dirigía. Por esos días, también, el ambiente político de la ciudad isleña estaba bastante inquieto y movido. Varios profesores de la zona habían

<sup>3</sup>El chilote prefiere la expresión “estar parando” en vez de “estar quedándose” o “alojándose”.

sido echados de sus cargos, entre los que se contaban algunos miembros de *Aumen*<sup>4</sup>. En la misma ciudad, Castro, había cuatro despedidos y yo era uno de ellos. Este hecho poco común en los colegios de la provincia tenía a muchos profesores con el alma en un hilo. La noche del 31 de enero, contraviniendo las disposiciones del estado de sitio, el CODEPU<sup>5</sup> organizó un acto público para expresar su solidaridad a los cuatro profesores echados del Liceo de Castro<sup>6</sup>. A ese acto asistió mucha gente, incluso algunos turistas despistados que entraron al escuchar a un grupo de música andina. A ese acto solidario tampoco faltaron José Donoso y Pilar.

Estar allí era un riesgo por tratarse de un acto no autorizado por la gobernación provincial, en un momento en que se vivía bajo las restricciones del estado de sitio. Además uno de los oradores fue René Vidal, un dirigente sindical, comunista, que llevaba varios meses escapando de la dictadura. Había sido relegado pero la policía no podía descubrir su paradero. Vidal leyó su mensaje-saludo e inmediatamente escapó por la puerta trasera, jugándole otra mala pasada a sus perseguidores. Casi en el mismo instante, personal de carabineros, de investigaciones y del Sicar<sup>7</sup> acordonó toda la cuadra e ingresó al local de CODEPU. Mientras, otros esperaban a la salida con un bus preparado para llevarse a los detenidos.

Mucho de lo que pasó a continuación resulta cómico por lo absurdo. Los policías “no tenían muy claro a quiénes debían detener, quiénes eran los subversivos. Entonces recurrieron a un criterio de identificación fisiognómica (la policía también tiene obsesiones literarias) y decidieron llevarse a todos los que usaban barba. Así cayó Donoso<sup>8</sup>. De los poetas de *Aumen* que allí estaban sólo se salvó de ser detenido Héctor Véliz Pérez-Millán, que esa mañana se había afeitado y cortado el pelo al cero. La única excepción fue Mario Contreras, que no tiene barba, pero estaba sentado junto a Donoso, a quien los carabineros —por su barba blanca y su aspecto de afuerino— imaginaron un importante líder de oposición”<sup>9</sup>.

<sup>4</sup>Entre otros, en diciembre de 1984, fueron despedidos Sergio Mansilla (Fresia), Jaime Márquez (Castro), Rosabetty Muñoz (Quemchi), Nelson Torres (Curaco de Vélez) y Carlos A. Trujillo (Castro). En el mismo mes, Renato Cárdenas, uno de los fundadores de *Aumen*, fue relegado a un pueblecito del Norte Grande.

<sup>5</sup>Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo.

<sup>6</sup>Orlando Aguilar, Luis A. Maldonado, Albán Mansilla y el autor de este artículo.

<sup>7</sup>Servicio de Inteligencia de Carabineros.

<sup>8</sup>En una entrevista aparecida en la revista mexicana *Proceso*, él recuerda este hecho y lo menciona para probar que no es tibio políticamente, acusación que, según la periodista, le haría Lafourcade:

“—Él dice que usted es un tibio en su posición ante las situaciones reales, ante la política, por ejemplo...

“—Sin embargo, yo estuve preso en dictadura y él jamás fue detenido.

“—¿Cuándo y por qué estuvo usted preso?

“—Sería en 1983 u 84, cuando escribía *La desesperanza*, en Chiloé, en el sur de Chile. Pilar, mi mujer, es muy política y en esa época participaba en un grupo feminista. El grupo feminista organizó un acto de apoyo y homenaje a ese poeta —su nombre es Carlos Trujillo—, al que asistió un señor que se encontraba en la clandestinidad. Él habló y volvió a perderse en la noche de Chiloé”.

En la entrevista, recuerda perfectamente su detención, aunque confunde algunos detalles como la fecha y la institución organizadora del acto, además que, en líneas posteriores, me da un filiación política que nunca he tenido. (Ortúzar, 66).

<sup>9</sup>Tomado de Juan Armando Epple, “Gente de palabra: Carlos Trujillo y la obra cultural de Aumen”, en Jorge Torres (ed.). Por el territorio de los límites. Aproximaciones a la poesía de Carlos Alberto Trujillo. Valdivia: Barba de Palo, 1996, 197-211.



Donoso y una treintena más de detenidos fueron llevados a la comisaría de calle Portales, ubicada a media cuadra de la Plaza de Armas de Castro. Mario Contreras Vega, poeta chilote, detenido junto al novelista, cuenta el hecho de la siguiente manera:

(Los carabineros) procedieron a detener a todos... los que usaban barba. Entre ellos estaba, por supuesto, José Donoso. Sentado a mi lado, asustado e incrédulo, como alguien que hasta ese momento ignoraba lo que era en el Chile cotidiano el terrorismo de Estado, pálido, por supuesto, y mudo. El teniente a cargo de la operación, con el dedo en ristre indicaba a quienes detener. Al señalar a Donoso, sentado en el lado exterior de la hilera de asientos, éste continuó estático, paralogizado, momentáneamente sordo, mirando fijamente hacia adelante.

—“A usted le digo”, bramó el teniente, al ver que no se movía.

Dándole con el codo en las costillas, yo repetí: —“A usted le dicen, Donoso”, temeroso de que pudieran golpearlo por negarse a obedecer en el acto. El teniente, al acercarse, me miró señalándome con el fatídico dedo:

—“Y usted también”<sup>10</sup>.

Como allí nadie lo conocía lo tuvieron hasta la medianoche en un calabozo con varios detenidos por ebriedad<sup>11</sup>. Cuando las radios de Santiago dieron cuenta del hecho la noticia se desparramó por el mundo y la comisaría castreña comenzó a sufrir un incontrolable asedio telefónico. Llamados desde España, Italia, Francia, Brasil y desde todo Chile estaban volviendo locos a los guardias que no entendían por qué se había formado tanto alboroto por un tal José Donoso. “Comenzó a sonar el teléfono de la comisaría. El Embajador del Brasil, el Presidente Alfonsín, el Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, su Excelencia el Rey Juan Carlos de España” (Contreras). Se comentaba que, entre otros, habría llamado el Primer Ministro Español, Felipe González, y que el guardia que recibió la llamada ni se inmutó, pensando que se trataba de algún vecino castreño. De modo que la carcajada fue grande entre los detenidos cuando el guardia gritó a voz en cuello “un tal Felipe González pregunta si está detenido un tal José Donoso”<sup>12</sup>.

Pasada la medianoche, el doctor Juvenal Hernández, dirigente local de la Comisión de Derechos Humanos, fue a ver a Donoso, a hacerle un control médico. Recién cuando Hernández les contó a los carabineros quién era el tal Donoso, éstos comprendieron la razón de tantas llamadas. Entonces, trataron de ser atentos, más por temor que por respeto o consideración, y trasladaron a Pepe y a Pilar al comedor del casino de oficiales donde pasaron la noche.

<sup>10</sup>Ésta es una información de primera mano, de allí su importancia. Sin embargo en este artículo de “El siglo”, Contreras ofrece al menos tres datos imprecisos. a) Los detenidos no fueron una veintena sino treinta y tres. Cinco mujeres y veintiocho hombres. b) La fecha en que ocurrió la detención no fue 1986 sino la noche del 31 de enero de 1985. Pues, como él dice era un acto de apoyo a cuatro profesores que habíamos sido exonerados el 28 de diciembre de 1984. c) Donoso estuvo dos veces en Chiloé, pero ninguna de ellas fue en 1986. La primera vez llegó solo, y fue en mayo de 1984. La segunda estuvo con su esposa y su hija, desde enero a marzo de 1985.

<sup>11</sup>Contreras describe el hecho de la siguiente manera: “El hecho es que compartimos la celda con Donoso, el insigne maestro, y en esa celda, sentado en el sucio piso orinado por los borrachos, con las piernas extendidas, fue pisado y pateado, arrojado con violencia en el estrecho cubículo en que nos encontrábamos, a oscuras, la mitad de los 20 detenidos de esa noche”.

<sup>12</sup>María Pilar Donoso en *Los de entonces*, cuenta la sabrosa anécdota que tiene como protagonista al Capitán Contuví.

A la mañana siguiente, muy temprano, visité a los detenidos. Les llevaba la información de lo que estábamos haciendo para sacarlos de allí, de los abogados que estaban colaborando, de los llamados y telegramas de todo el país, del apoyo de la Sociedad de Escritores de Chile, de todos. El ánimo estaba muy alto y tenían montones de historias para contar. Tras compartir con el grupo grande pasé a ver a Pepe y Pilar. Ellos también estaban de muy buen ánimo, más preocupados de los demás que de su propia situación, la información que yo tenía en ese momento era que probablemente saldrían ese mismo día. Pepe me señaló con firmeza: “Yo no salgo de aquí mientras no salgan todos. Caí con ellos y me voy con ellos”.

“Después de almuerzo se reunieron unas cien personas afuera de la comisaría esperando informaciones sobre lo que estaba pasando. A mediodía los había llamado el Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, puteando al jefe de la comisaría por el error que había cometido su gente y ordenando que inmediatamente dejaran en libertad al escritor<sup>13</sup>. Estaba enfurecido porque no lo dejaban tranquilo las agencias noticiosas internacionales y los llamados telefónicos”<sup>14</sup>, por culpa de la metida de pata que habían cometido los carabineros en una pequeña ciudad donde no pasaba nada, 1.200 kilómetros al sur de Santiago.

Le comunicaron a Pepe que él y Pilar saldrían esa tarde, a lo que él respondió que sólo saldría con todo el grupo. Su decisión nunca cambió, pero este hecho no terminó como él esperaba. Ésta fue su primera y única detención por carabineros, de manera que le faltó experiencia y le sobró ingenuidad en su trato con ellos. Pepe ni siquiera puso en duda las palabras de los carabineros. No sospechó lo que tramaban cuando le dijero que sí, que todos se irían, pero que antes deberían pasar por un examen médico para que después no anden diciendo que fueron golpeados en la comisaría. Pepe les creyó, de buena fe, y salió con Pilar y las otras cinco mujeres detenidas. Pero después de ellos no salió nadie más. Fue sólo un truco de carabineros para liberarlo y acabar con el problema internacional que les estaba creando su detención<sup>15</sup>. El resto permaneció cinco días más detenido. Cinco días en que se mantuvieron en huelga de hambre para poder apurar su libertad.

Esa tarde cuando se enteró de la trampa que le habían jugado se sintió muy mal. No podía creer que haya sido engañado tan fácilmente, pero al mismo tiempo empezó a ver más claramente los trucos de los que se valía la dictadura para manejar la información. Allí en Castro, la noche del 31 de enero de 1985, las historias de detenidos políticos dejaron de ser historias oídas, para el novelista, y pasaron a ser una angustiante realidad. Desde entonces, sin duda, pudo entender mejor y creer la veracidad de esas historias que había escuchado de tantos detenidos políticos, porque

<sup>13</sup>Compárese la figura y la situación de Donoso con la otra, paralela, de su personaje Mañungo Vera cuando sale en libertad por intercesión de un alto personero de gobierno: “En el pasillo, Freddy (el personero de gobierno) se enfrentó con el oficial en medio de la batahola de curiosos del barrio por donde se había corrido la voz del extraordinario acontecimiento, y de la multitud de reporteros, y allí mismo, ante todos increpó al oficial, que era un patán desinformado, un ignorante por haber puesto su mano encima de una figura pública que era esencialmente apolítica —sobre todo era conveniente conservarla así, apolítica, ya que estos artistas no eran de confiar—...” (*La desesperanza*, 321).

<sup>14</sup>Epple, 203.

<sup>15</sup>Al día siguiente en Castro había corresponsales de los diarios y las radios más importantes del país como también de algunos órganos de prensa extranjeros como *The New York Times*, *Le Monde*, y algunos diarios italianos y brasileños. En estos dos últimos países recién se había publicado la, entonces, última novela de Donoso.



ahora ya no eran sólo historias de otros, porque ahora era él quien había sufrido “en carne propia las humillaciones, las groserías y el insulto soez” (Contreras).

Cada vez que vuelvo a las páginas finales de *La desesperanza* no puedo quitarme la imagen de la comisaría castreña y de la detención de Pepe, Pilar, Mario Contreras, Mario García, Víctor Hugo Cárdenas<sup>16</sup>, y de tantos otros amigos. El ambiente se me hace tan cercano, tan real e histórico. Igualmente me pregunto cada vez, cómo habría sido esta sección de la novela si ese gran creador de mundos que fue José Donoso no hubiera conocido lo que es pasar una noche tras “las rejas”, aunque no fuera más que debido a una gran metida de pata de los carabineros castreños.

## OBRAS CITADAS

- CONTRERAS VEGA, MARIO. “José Donoso y el realismo mágico chilote. La detención de los barbudos”. *El siglo*, N° 806, Santiago, 20-26 de diciembre de 1996, 20.
- DONOSO, JOSÉ. *Donde van a morir los elefantes*, Buenos Aires: Alfaguara, 1995.
- , *La desesperanza*, Barcelona: Seix Barral, 3ª ed., febrero de 1989.
- DONOSO, MARÍA PILAR. *Los de entonces*, Barcelona: Seix Barral, 1987.
- EPPLE, JUAN ARMANDO. “Gente de palabra: Carlos Trujillo y la obra cultural de Aumen”, en Jorge Torres (ed.), *Por el territorio de los límites. Aproximaciones a la poesía de Carlos Alberto Trujillo*, Valdivia: Barba de Palo, 1996, 197-211.
- ORTÚZAR, JIMENA. “Ya viajé mucho, estoy cansado, estoy enfermo: José Donoso”, *Proceso*, N° 955, 20 febrero 1995, México, 62-67.
- TRUJILLO, CARLOS ALBERTO. “Conversación con José Donoso”, *Textos. Works and Criticism*, Vol. 3, N° 2, Philadelphia, Spring 1993, 43-50.

<sup>16</sup>Contreras, García y Cárdenas, poetas que participaban en el Taller Literario Aumen.